





# COMPENDIO DE LA VIDA

== DE LA ==

## Beata Madre Joaquina de Vedruna

Fundadora del Instituto de Hermanas

Carmelitas de la Caridad



VALLADOLID  
IMPRESA Y LIBRETA CASA MARTÍN  
PLAZA DE ONÉSIMO REDONDO, 1

1940



R. 16349

Imprimase:

† ANTONIO, ARZOBISPO DE VALLADOLID.

*Valladolid 12 de Junio de 1940*

Por mandado de  
S. E. Rvma.

LIC. ANGEL SÁNCHEZ,

*Can. Srio.*





## Introducción

*El día 19 de mayo de 1940, fiesta de la Santísima Trinidad, el Sumo Pontífice Pío XII elevó al honor de los altares a la BEATA MADRE JOAQUINA DE VEDRUNA, Fundadora del Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad.*

*Este fausto acontecimiento aporta al Instituto tres excelsos motivos de intenso gozo espiritual. La Augustísima Trinidad, que tuvo en la Madre Joaquina una estática adoradora, ha querido que se realizase su exaltación en la fiesta litúrgica del adorable Misterio; en esta fiesta, 16 de junio de 1935, declarada la heroicidad de sus virtudes; y la Santidad de Pío XI dijo de la Sierva de Dios que fué modelo de perfección en los diversos estados en que plugo al Señor colocarla, para ejemplo de hijas, madres y religiosas.*

*Se gozan las Carmelitas en esta exaltación de su Madre, porque le conviene este nombre en toda la extensión de su significado; Madre que a sus hijos según la carne y a sus hijas según el espíritu infundió la llama de un inmenso amor para con Dios, y por consiguiente, para con los más amados de Dios; los pobres, los dolientes, y la infancia.*

*Motivo de espiritual consolación es también el aparecer los fulgores de la Beatificación de la Madre apenas disipadas las nubes que entenebricieron el cielo hispano durante largo período; en el cual uno de los descendientes de la Beata Madre, el noble señor de Mas, y veinticinco de las Hijas del Instituto—entre ellas la quinta sucesora de la Sierva de Dios en el Generalato—dieron su sangre en aras de la Fe y de la Religión.*

*A la conmemoración de estas legítimas glorias, y a propagar el conocimiento y amor a la Beata Madre y a su Instituto van dirigidas estas humildes páginas. Dignese el Cielo darles bienhechora eficacia para gloria divina y de la misma Fundadora viviente en la Obra que Dios le inspiró, y cuyas Hijas anhelan honrarla con toda la efusión de sus inteligencias y de sus corazones.—28 de agosto 1940; aniversario 86.º del feliz tránsito de la Beata Madre.*



†  
VIVA JESÚS!

# Vida de la Beata Madre Joaquina de Vedruna de Mas

Fundadora del Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad

## PRIMER PERIODO

### Infancia y Juventud

**La familia de Vedruna.**—A mediados del siglo XVIII vivían en la hermosa ciudad de Barcelona, unidos en santo matrimonio, los esposos don Lorenzo de Vedruna y doña Teresa Vidal. Dedicado él a la abogacía, continuaba con su honradez las nobles tradiciones de su familia, distinguida desde hacía más de un siglo, con los blasones de la nobleza militar. Entregada por completo al cuidado de su casa y a la educación de sus hijos, era doña Teresa modelo de madres cristianas, digna colaboradora de su esposo en el cumplimiento de los deberes de religión y ciudadanía que esclarecían cada vez más su noble estirpe.

**Florecita escogida.**—Pero la gloria más relevante del benemérito hogar fueron los hijos con que el Señor coronó al piadoso matrimonio, y singularmente la que va a ser protagonista de la presente biografía. Por ocho veces se vieron bendecidos por Dios, no sin que la buena madre tuviese mucho que ofrecer al Señor en cada uno de los dolorosos pasos de la maternidad. Encomendóse la quinta vez al glorioso San Joaquín, y tuvo la suerte de constatar que los peligros y sufrimientos desaparecían al venir al mundo una niña, destinada a remediar muchos males; y a la que, por agradecimiento al santo Patriarca, se le impuso el nombre de Joaquina, al derramar sobre su frente las aguas bautismales, en la Parroquial Iglesia de Nuestra Señora del Pino, el día 16 de Abril de 1783.

**Primeros aromas.**—Esta su plácida venida al hogar, y un no sé qué de extraordinario que observaba en la tierna niña su buena madre, la movieron a especial cariño para con ella, y a dedicarse con mayor esmero a su crianza y educación. Varios episodios de la primera infancia de Joaquina, relatados por ella misma ingenuamente años adelante, prueban que fué muy precoz en las prácticas de piedad y de virtud, compatibles con sus tiernos años. El amor a la pureza de alma y cuerpo, la sinceridad, laboriosidad y extrema obediencia le eran connaturales, y causaban la admiración de los familiares y de las personas que visitaban a sus padres. Tanto en la virtud como en la instrucción que le daba su buena madre ayudada por un aya, descollaba entre sus hermanas mayores; mientras que ella procedía en todo con tanta sencillez y humildad cual si no tuviera cualidad ninguna que la distinguiera.

No se ocultaban al ojo certero de su solícita madre los tesoros que encerraba el alma de su hijita; su amor y admiración se acrecentaban de día en día, hasta llegar a tener con ella confianzas y coloquios espirituales acerca de la meditación y del ejercicio de la presencia de Dios. A ellos correspondía la inocente niña descubriendo ingenuamente las gracias extraordinarias y el don de oración con que el Señor la favorecía.

**Gracia singular.**—Por estas santas disposiciones la juzgaron digna de un favor que en aquella época no solían conceder a la tierna edad de diez años; la gracia de la Primera Comunión. Era el año 1793, cuando estaba desencadenándose en Francia la cruenta persecución religiosa que sacrificaba millares de víctimas con indecible furor. Sin duda llegarían los tristes ecos del vendaval hasta la vecina región; y es fácil comprender los sentimientos que embargarían los corazones de los buenos católicos, al enterarse de tales desmanes. Quizás la niña Joaquina, en su candor, manifestaría sus deseos de reparar las ofensas a Jesús, recibéndole en su corazón; y al tener tan inefable dicha se consagró por entero al servicio de Dios. ¿Cómo nó, si sabemos por sus propias confianzas que en aquél su primer encuentro con el Amado, quedó tan embelesada de su amor, que ya no pensó sino en consagrarle su vida entera en el retiro del claustro?

**Fragancia de lirio.**—Tal hacía presagiar a cuantos la conocían el ver sus rápidos progresos en la modestia, obediencia y amor a la oración. En efecto; apenas cumplidos doce años, la vemos llamar a las puertas del Monasterio de Carmelitas Calzadas de las Corts de Sarriá, suburbio entonces de Barcelona, y núcleo hoy, con otros anejos similares, de la populosa ciudad. Allí pensaba abrir su corola y exhalar su fragancia aquel hermoso lirio, con tales

dones del cielo regalado, y con tanto esmero cultivado en el paterno hogar. Mas, las Religiosas no creyeron prudente acceder a la demanda de la niña, y difirieron para más tarde el concederle el santo Hábito. ¡Cuán ajenas estaban ellas, y más la pretendiente, de los altos designios del Señor sobre la privilegiada criatura! Ignoraban que Jesús deseaba recibir de ella, junto con el perfume virginal del lirio, el penetrante aroma de la caridad que, pasando de su Corazón al de su cándida esposa rebosaría en los de muchas otras almas.

**El lirio tronchado, en apariencia.** — Continuó, pues, Joaquina en el paterno hogar, preparándose, sin ella saberlo, al cumplimiento de los altos fines a que el Señor la tenía destinada, y cuya iniciación no tardó en manifestarse, contrariando al parecer, el ideal de perfección por ella apetecido. Es de suponer que en el transcurso de tres años no habría renunciado la niña a su deseo de vida austera y retirada; quizás más de una vez se había acercado de nuevo a los umbrales del Carmelo, y estaría, según ella, en vísperas de franquearlo, por cuanto iba a cumplir los 16 años de edad.

¿Tenían conocimiento sus padres de los fervorosos intentos de la hija? Por lo que hace a su padre, es de presumir que no, por cuanto, en la tranquilidad del hogar en que se hallaba Joaquina ocupada en sus habituales tareas, dejóse oír cierto día la voz de don Lorenzo, quien, con acento a la vez dulce y autoritativo, le anunciaba resueltamente que la tenía prometida en matrimonio a un joven amigo suyo, llamado don Teodoro de Mas.

## SEGUNDO PERIODO

### Vida conyugal (1799-1816)

**Trazas de Dios.**—¡Qué sorpresa para la inocente niña! Porque, niña de infantil candor era nuestra Joaquina por sus quince años, por su encantadora modestia, su absoluto retraimiento de las cosas mundanas, y por sus aspiraciones a la vida de ángel sobre la tierra.

Mas también, como niña, era tan dócil a la paterna autoridad, cual requería en aquella época el grado máximo en que era ejercida; y así, después de consultarlo con su director espiritual, dió su consentimiento a la proposición de su padre, desde luego, sin ver que se le cerraba la florida senda por la que había querido dirigirse al Cielo.

¿Quién era el joven pretendiente, y qué le movió a elegir por consorte a la tercera de las hermanas Vedruna, sin tener en cuenta sus cortos años? Un incidente pueril, un regalito insignificante, desdeñado por las dos mayores, y aceptado candorosamente por Joaquina, fué el medio de que se sirvió la Divina Providencia, inspirándolo a don Teodoro, para poner a la piadosa joven en la situación exigida, según los planes que sobre ella tenía formados, en su amor para con ella misma y para con muchas almas.

**Disonancias armónicas.**—Era don Teodoro el primogénito de una familia radicada en la ciudad de Vich, en la misma provincia de Barcelona; familia enriquecida, como la de Vedruna, con títulos de nobleza, que a la sazón ostentaba el jefe de ella don José de Mas y Solá-Sauleda. En su adolescencia intentó don Teodoro, impulsado por su generoso corazón, abrazar la vida monástica en la Orden Franciscana; mas se lo impidió su padre, que en el primogénito quería vincular los blasones de la familia y el sostén del patrimonio. Mandóle, pues, cursar estudios en Barcelona, y en virtud de ellos, dedicóse al cargo de procurador causídico en los tribunales de aquella capital. Parece que por esta razón contrajo amistad con el señor de Vedruna, cuya casa frecuentaba, y en ella encontró a la que había de compartir con él los goces y pesares de un cristiano hogar. Este fué constituido en 24 de Marzo de 1799, contrayendo santo matrimonio con Joaquina en la iglesia de

Nuestra Señora del Pino, en que ella había sido bautizada. Veintidós días faltábanle a la joven contrayente para cumplir dieciséis años. Este matrimonio que, visto por el lado humano pareció una disonancia, resultó en el aspecto divino una auténtica armonía del cielo.

**Lirio entre espinas.**—Al poco tiempo de efectuado, vió Joaquina la trascendencia del paso que acababa de efectuar, y la tristeza embargó su corazón hasta el punto de empañar los goces de sus juveniles años; y tuvo que descubrirse a su esposo, lamentando habersele cerrado el camino del claustro.

¡Inescrutables designios de Dios! Reveló entonces don Teodoro a su esposa la igualdad de circunstancias en que se hallaban; y resolvieron ambos acatar la voluntad de Dios y servirle con todo esmero, dedicándole sin reserva los hijos que tuviera a bien concederles. Esta mutua confianza mitigó un tanto su pesar; el cual, sin embargo, perseveró en parte, a causa de que Joaquina no mereció buena acogida de los padres de don Teodoro. Este, según parece, como mayor de edad, no les dió cuenta del enlace que iba a efectuar, hasta que ya estuvo realizado.

La exquisita amabilidad de la joven, su humildad y rendimiento, concluyeron por atraerle todas las simpatías; y transcurrieron en paz los siete primeros años de su vida conyugal, durante los cuales la favoreció el Señor con cuatro hijos; a los que se agregaron otros cuatro después de su traslado a la ciudad natal de su esposo, cuando éste tomó las armas en defensa de la Patria en la irrupción de los franceses, el año 1807.

**El hogar cristiano.**—Tanto en su residencia en Barcelona, como en la señorial casa de Vich, lo mismo en compañía de su esposo, como cuando sobre ella sola recaía el cuidado de los hijos, se mostró siempre la mujer fuerte, la madre ejemplar, el ángel de la familia, y aun la servidora de sus mismos sirvientes. En efecto, siempre alejada del mundo, sin faltar a los deberes correspondientes a su clase, ordenó su casa y familia en las mejores condiciones para la educación de sus hijos. Las prácticas domésticas de piedad, el santo temor de Dios, el amor al trabajo, y la instrucción conveniente que ella misma les dispensaba, lograron que de tal modo se arraigasen en ellos el amor de Dios y de las cosas eternas, que cuatro de sus hijas abrazaron después la vida religiosa; y el primogénito don José Joaquín ingresó en la Trapa de Grenoble, si bien a los diez meses su salud no pudo soportar aquella austeridad de vida. Doña Joaquina les amaba tiernamente en Dios y para Dios; y por esto observando que uno de los dos varones, llamado Francisco, ya en su tierna edad daba señales de carácter

díscolo e impetuoso, rogó al Señor que, si no había de ser buen cristiano, lo llevara al cielo antes que pudiese ofenderle. Dios oyó la súplica de tan buena madre; y un ángel de cinco años voló a la gloria, donde pronto le siguió otra hermanita, también de tierna edad.

**El vendaval azota el vergel.**—¡Cuánto sufrió doña Joaquina durante los años que su esposo estuvo casi siempre alejado de ella, y expuesto a los mil azares de la guerra! No es posible decirlo en pocas páginas; solamente queremos hacer mención del episodio que tuvo lugar cuando amenazaban las tropas francesas invadir la ciudad y comarca de Vich, causando estragos en las poblaciones que atravesaban. Doña Joaquina, advertida de antemano por su esposo, tuvo que huir de noche, con sus cuatro pequeñuelos, y dirigirse, acompañada de un mozo y de una sirvienta, hacia la agreste sierra llamada Montseny, situada a muchos kilómetros al S. E. del llano vicense. Fatigada del penoso y sobresaltado caminar detúvose la pequeña caravana en una explanada en las primeras estribaciones del monte, con deseo de pasar la noche algo descansada, cuando se les acercó una mujer, vestida a estilo distinto del país, y advirtiéndole a la señora del peligro en que se hallaba en aquel paraje, le ofreció su brazo, y la obligó a reanudar su marcha ascendente a la montaña, hasta dejarla a la puerta de una casa perdida en aquellas alturas, donde fué hospedada y atendida con caridad. La Sierva de Dios creyó siempre que era la Santísima Virgen quien la libró del peligro, pues efectivamente aquella misma noche atravesaron los invasores el lugar que acababan de dejar los fugitivos.

**Breve tranquilidad.**—Calmada algún tanto la alteración política, don Teodoro pudo reintegrarse a sus tareas forales, y por tanto, vivir otra vez en Barcelona y proseguir allí, su esposa la vida piadosa y activa que en Vich había llevado. Pasaron algunos años, y sin duda el Señor vió a su elegida ya suficientemente acrisolada en las virtudes domésticas, y bien cimentada en el sacrificio que exige el materno amor, y le envió como preuncio de nuevos sufrimientos, la visión de su esposo cual si estuviera ya difunto. No dudó doña Joaquina de que esta visión era un aviso del cielo y redobló sus cuidados y se entregó con mayor abnegación a las obras de piedad y de misericordia.

**Lágrimas y consuelos.**—El triste preuncio llegó a realidad en Marzo de 1816, en muy amargas circunstancias para doña Joaquina; pues, enferma ella al mismo tiempo que su esposo, se vieron ambos privados del consuelo de la última despedida. Las postreras palabras de don Teodoro a su madre política que asistía a entram-

bos, fueron para asegurarle que su hija abrazaría la vida religiosa, en cuanto él abandonase este destierro, «pues siempre—dijo—le he reconocido esta inclinación». La Sierva de Dios al expirar su marido, tuvo interior conocimiento de ello, y le pareció oír la voz de Jesús Crucificado, quien, desde su imagen pendiente a la cabecera de su cama, haciendo ademán de abrazarla, invitábala a los divinos desposorios.

Restablecida de su grave enfermedad, la vemos cubierta de negros crespones dirigirse otra vez a la casa de los antepasados en Vich, y desde entonces encaminar todos sus esfuerzos al logro de su ideal. El completar la educación de sus hijos, el mayor de los cuales contaba quince años de edad, el arreglo de los intereses domésticos, que le costó indecibles amarguras, ocuparon los años de su viudez, que vamos a relatar.



Balcón central de la fachada del «Manso Escorial» con la lápida conmemorativa del Centenario de la fundación del Instituto.

### TERCER PERIODO

#### La viudez (1816-1826)

**Vergel escogido.**—La casa llamada Manso Escorial, en Vich, antigua residencia de la familia de Mas, en la época en que se retiró a ella doña Joaquina con sus seis hijos, formaba una vasta propiedad, que constaba del edificio principal, rodeado de frondoso arbolado; y siete viviendas para otras tantas familias de labradores que cultivaban la finca y poseían además un pequeño huerto; todo ello con abundante regadío. Lugar muy adecuado para los santos propósitos de la noble viuda.

Allí se instaló eligiendo para ella una pequeña habitación reservada, en la que practicaba austeras penitencias y tomaba breve descanso. Ordenó la casa y familia cual una Comunidad religiosa, señalando sus horas para la piedad, el estudio y el trabajo; dando ella ejemplo a sus hijos y domésticos, y dedicándose a la instrucción de aquéllos y al cuidado de éstos, para que cumpliesen sus deberes de buenos cristianos.

**Caridad y apostolado.**—Practicaba además con diligencia las obras de caridad con los pobres de la ciudad, no sólo dando limosna según sus posibilidades, muy reducidas por cierto después de las exigencias de los hermanos de su difunto esposo, y de los dispendios ocasionados por los años de guerra, sino principalmente con su servicio personal, yendo a visitar a los enfermos del Santo Hospital, en cuyo caritativo oficio empleaba dos o tres noches por semana. Asimismo favorecía a los pobres que acudían a su puerta y a los hijos de los inquilinos de la casa, a los que enseñaba la Doctrina Cristiana; y hacía que en éste y demás ejercicios de caridad la acompañaran sus hijos; ensayo de la vida de apostolado que, a la vuelta de pocos años, debía ejercerse en aquella misma casa. Lo ignoraba la piadosa señora, que continuaba cobijando su intento de consagrarse a Dios en vida austera; para lo cual se apresuraba a arreglar los asuntos de familia, y daba gracias al Señor que comenzaba a facilitarle la colocación de los hijos mayores, dándoles deseos de abrazar la vida religiosa.

**Se cierra el horizonte.**—De tres a cuatro años transcurrieron en este tenor de vida, y de nuevo las turbulencias políticas pusieron en conmoción al país, en tanto grado, que doña Joaquina se vio obligada a buscar alguna tranquilidad, pasando a la nación vecina, como otras muchas familias. No se sabe con fijeza cuánto

tiempo permaneció allí; lo cierto es que a su regreso, no pudo volver a Vich, por tener su casa embargada, ya por divergencias y pretensiones de los parientes, ya porque se aprovechaban de esto mismo los enemigos políticos del difunto dueño, ejerciendo represalias contra la inocente viuda y sus pobres hijos.

Tuvo que quedarse en Igualada, población importante de la misma provincia de Barcelona; allí continuó ejerciendo sus obras de misericordia, y allí empezó a enterearse la posibilidad de una institución de beneficencia.

Sus frecuentes visitas al hospital de aquella villa, que efectuaba en compañía de otras dos buenas señoras, inspiraron al Administrador del mismo, hombre de mucho talento y caridad, la idea del beneficio que representaría para los enfermos y para la niñez el que cuidaran del hospital y de una escuela, personas dedicadas por completo a tales obras de misericordia.

Tanto cundió la idea, y tan animoso se mostraba el señor Estrada—tal era el nombre del Administrador—que incluso se comenzó a construir aposentos y aulas de enseñanza. Pero la malevolencia de los enemigos de la Religión, preponderantes en aquel tiempo, y las preocupaciones de la política, impidieron la ejecución del piadoso proyecto, y llegaron a calumniar al señor Estrada y a arrestarle con falsos pretextos.

La Sierva de Dios tuvo que ausentarse también, y gracias a que por entonces pudo disponer de su casa solariega, volvió a Vich, parece que hacia el año 1824.

**Primeros albores.**—La prosecución de su acostumbrado tenor de vida, lo fué también de las diligencias para terminar cuanto antes los negocios familiares. Podía ya entonces descansar en su hijo mayor, próximo a contraer matrimonio. D.<sup>a</sup> Ana, la mayor de las hijas, había ingresado en el Monasterio Franciscano de Pedralbes, en Sarriá, cerca de Barcelona. Doña Inés, la hija segunda, iba a abrazar la vida conyugal en buenas condiciones económicas y de cristiandad con el noble señor de Argila; y tenía certeza moral la piadosa madre, de que las otras dos hijas encontrarían seguro refugio en el puerto feliz de la religión. La hora de Dios, se acercaba para ella; sus anhelos de la infancia iban a ser colmados; pero, ¿en qué forma?

Cuando el Señor predestina a un alma para cosas grandes, la previene desde su infancia con gracias extraordinarias y la pone luego en las circunstancias más apropiadas para los altos fines a que la tiene llamada. Hemos admirado en la Sierva de Dios la primera parte de esa predestinación; vamos a ver cómo la Providencia divina obró la segunda.

**Luz de lo alto.**—Regresaba cierto día de Barcelona, doña Joaquina, montada en un jumentillo, y al llegar frente a la iglesia

del Convento de Carmelitas Descalzas de Vich, quiso apearse para oír la santa Misa; pero el animal emprendió tan rápida carrera que no fué posible detenerlo hasta que lo hizo por sí mismo ante la iglesia de Padres Capuchinos, situada casi extramuros de la ciudad, no lejos del Manso Escorial.

Pensó doña Joaquina que era voluntad de Dios que entrase en aquel templo; así lo hizo, y al ver a un religioso orando en el altar del Santo Cristo, acercóse a preguntarle si se celebraría pronto alguna Misa. Contestóle el Padre con voz fuerte que sí, y que a ella estaba esperando. Sorprendida la Sierva de Dios suplicóle que la oyera en confesión, a lo que accedió inmediatamente el P. Esteban de Olot. Tal era el nombre del santo Capuchino que desde hacía poco tiempo, inspirado por Dios, residía en aquel Convento, y que fué desde entonces Director de doña Joaquina.

Este esclarecido religioso, llamado el apóstol del Ampurdán, por el ímpetu de su celo en las numerosas misiones que había predicado en aquella comarca de Cataluña, presenciaba en sus correrías apostólicas las fatales consecuencias que para la religión y para la moral cristiana habían traído la guerra y la revolución que todavía con harta intensidad se desarrollaba; y Dios le inspiró que uno de los mejores medios para remediar esos males era la fundación de una institución religiosa femenina, dedicada a la educación y a la beneficencia; y al mismo tiempo vió con luz sobrenatural que en Vich estaba la predestinada para llevar a cabo tan difícil empresa.

Desde aquel día, pues, en que providencialmente se conocieron los dos elegidos de Dios, comenzaron a poner en práctica el medio más eficaz e indispensable para obtener los divinos favores, esto es, la ferviente oración. Todos los días, durante largo espacio de tiempo, oraron juntos en la citada iglesia, el Padre en el altar de Jesús Crucificado, la señora al otro lado de la reja. Y también desde entonces comenzó el aumento de fervor, el darse a las más arduas prácticas de penitencia y de humildad, que ya por elección propia, ya por mandato de su confesor, realizaba doña Joaquina.

El templo de Capuchinos, el Santo Hospital, la Casa-Asilo de Misericordia y las mismas calles de la ciudad, fueron testigos de los actos heroicos, de las humillaciones, y servicios de caridad, de la elevada oración de la Sierva de Dios. No podemos relatarlos detalladamente por falta de espacio; baste decir que eran la admiración de sus conciudadanos y especialmente de los vecinos de su morada que más de cerca experimentaban los beneficios de su virtud, y los enfermos del Hospital donde pasaba varias noches dedicándose abnegadamente a su alivio, sobre todo por lo que respecta a la parte espiritual, no bien atendida entonces, por carecer del cuidado de religiosas el benéfico Establecimiento.

**La humildad abre los caminos de Dios.**—Mas así como el aprecio y veneración de muchos recayeron sobre la noble Viuda, también el desprecio y burlas de otros, cuando la vieron vestir públicamente, por mandato de su Director, y debidamente autorizada por el Superior Eclesiástico, el hábito de penitente capuchina. Dicha Autoridad era entonces el ilustre Sr. Vicario Capitular, Sede vacante; pues el Prelado había sido asesinado en 1823 por los enemigos de la Religión, después de tenerle preso durante largo tiempo en Barcelona.

Esta orfandad de la Diócesis habría sido impedimento para realizar formalmente una fundación; pero el Señor atendió los ruegos de su fiel Sierva quien clamaba por la pronta elección de un Prelado muy devoto de la Virgen del Carmen. Tal fué el Ilustrísimo Sr. don Pablo de Jesús Corcuera, el que hizo su entrada en el Obispado en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, en 1825. A este varón santo tenía destinado el Señor para dar al Instituto su definitivo carácter; y así le inspiró que acogiese paternalmente las proposiciones del venerable Capuchino y de su dirigida, y que desde luego quisiese llevar a efecto la fundación, poniendo al proyectado Instituto bajo la advocación de la Virgen del Carmen.

**Por la inmolación propia a la vida de muchos.**—Esto sucedía a fines del citado año 1825; y en la festividad de la Epifanía del año siguiente, el Prelado recibió los Votos perpetuos de la Fundadora, quien previamente renunció a sus intereses familiares, reduciéndose a suma pobreza en la misma casa donde había sido dueña y señora.

Dios proveyó enseguida al ser del Instituto enviando a la Madre Joaquina numerosas jóvenes que deseaban ponerse bajo su dirección y la del P. Esteban; si bien este fervoroso Misionero, una vez nacida la obra que Dios le inspiró y puesta bajo la autoridad y protección del Prelado vicense, reanudó su vida apostólica, que dos años más tarde terminó con santa muerte en olor de santidad.

La naciente Comunidad, formada por la Madre y nueve Hermanas, probadas por algún tiempo en su vocación, inauguraron oficialmente el Instituto el día 26 de Febrero de 1826, practicando los actos espirituales de Misa, Comunión y Via-Crucis en la misma iglesia de PP. Capuchinos, donde se le había revelado a la Fundadora la Voluntad de Dios; y se retiraron inmediatamente a la casa del Escorial, donde comenzaron la vida común y el trabajo manual, enseñanza de niñas pobres y beneficencia corporal.

## CUARTO PERÍODO

### Nacimiento del Instituto y primeras pruebas

#### La Fundadora (1826-1843)

**La nada y la oscuridad son el sello de las obras de Dios.**—Efectivamente; según estas señales, obra exclusiva de Dios es el Instituto de las Carmelitas de la Caridad. Referida su fundación a la distancia de más de un siglo, podrá parecer que, aunque tenga mucho de sobrenatural, no es precisamente algo extraordinario. Mas, que así sea, y que pueda reputarse como milagrosa su gestación y admirable su nacimiento, lo prueban, además de la humildad e impotencia en que se verificaron, el que haya tenido lugar en circunstancias del todo inadecuadas para ello.

El cuadro social y religioso de aquella época era por demás sombrío. Ya hemos visto cómo doña Joaquina y sus hijos tuvieron que salir de España, para permanecer durante largo tiempo a cubierto de los efectos de la revolución. Hemos consignado también que el Prelado de Vich sucumbió sacrificado por los perseguidores de la Religión. La libertad de prensa y de enseñanza, proclamadas en las Cortes Constituyentes de Cádiz en 1812, estaban dando ya amargos frutos; y toda la Nación ardía en odios civiles y religiosos. Eran vejadas las Ordenes religiosas antiguas y prohibidas las nuevas Instituciones; no se permitía el ingreso en ellas sin graves dificultades; en fin, el estado de la sociedad española no podía ser más lastimoso, pues se la veía caminar por la pendiente de un abismo.

En medio de tal tempestad, la animosa Viuda de Mas cultivaba con fe y confianza el germen de la vocación que en su infancia depositara el Señor en su alma, y que reiteró con amoroso llamamiento en el instante de su viudez. La vemos dedicada por completo a la vida espiritual, y desafiar los respetos humanos, haciendo pública ostensión de piedad, practicando también públicamente las obras de misericordia y las más ásperas humillaciones.

**Trazas de Dios.**—Por otra parte, la Divina Providencia prepara el terreno para que pueda arraigarse y brotar el tierno arbolillo; y aun en lo material le facilita los medios de vivir y de ex-

pansionarse. En efecto; por aquel mismo año 1823, en que el Padre Esteban decía a su penitente que Dios no la quería en vida claustral, sino en el campo del apostolado por la enseñanza y beneficencia, el Rey don Fernando VII favorecía, sin sospecharlo, los planes de Dios, expidiendo una Orden para que en todos los pueblos de España se abriesen escuelas de enseñanza primaria. Esta medida, que acaso en la mente de algunos hombres de Estado iba encaminada a difundir ideas antirreligiosas, tuvo el efecto contrario; pues como el Erario público no estaba en condiciones de cubrir el presupuesto necesario, y no había tampoco suficiente personal preparado al efecto, las instituciones religiosas, particularmente las femeninas, acudieron a llenar el vacío, según les impulsaba su abnegación y espíritu de pobreza.

Así las trazas de Dios prevalecen sobre los planes humanos, y así el Instituto en proyecto obtuvo el premio de la confianza en Dios de su animosa Fundadora, viéndose apenas nacido, aceptado ya en numerosas poblaciones como el mejor remedio para los males intelectuales, morales y físicos que padecía la sociedad.

«Cuando uno se echa en brazos del buen Jesús—escribirá más tarde la Fundadora—El cuida de todo y nada puede faltarnos».

Así lo hizo ella, y no le faltó la Divina Providencia, sacando a luz la portentosa obra, a pesar de los obstáculos que naturalmente debían ahogarla en flor.

**Comienza a brotar la semilla.**—Constituido el Instituto en la forma humilde que hemos narrado, empezaron la Madre Joaquina y sus nueve Hijas la vida de Comunidad en la casa del Escorial, según las normas que prescribió la Madre, y que más tarde consignó el P. Esteban de Olot en las Reglas del Instituto, cuya santidad informa y satura aún hoy día el espíritu de las Hermanas, y que ha merecido repetidas aprobaciones de la Santa Sede al revisarlas y adicionarlas conforme a las disposiciones canónicas.

La vida que seguían las novelas religiosas la explica la misma Madre en una carta de los primeros meses: «Nuestras ocupaciones—dice—son trabajar para ganar el sustento, que a veces no basta; y entonces Dios toca el corazón de alguna buena persona. También vamos de dos en dos a velar a los enfermos en su domicilio, pues no puede ir una sola; y enseñamos la Doctrina Cristiana y las labores a algunas niñas pobres...» No explica aquí la Madre que esas velas y esa enseñanza eran puramente por amor de Dios, sin retribución ninguna.

Tal abnegación de caridad no solamente atrajo las divinas bendiciones sobre las fervorosas Hermanas, sino que les ganó la benevolencia de todos, así de los habitantes de la ciudad como de otras poblaciones a las que muy pronto se extendió la benéfica

fundación, ganando para Dios muchas almas. En los primeros seis años se establecieron otras tantas Comunidades, siendo las más notables las efectuadas en la Casa de Caridad de Barcelona, y en la de Vich, respectivamente en los años 1829 y 31.

**Llamamiento sobrenatural.**—Precisamente cuando se hallaba en la Capital barcelonesa la Madre Fundadora, en los primeros trabajos de organización del citado Establecimiento, vió con luz sobrenatural que un alma privilegiada era llamada por Dios al Instituto, sin que ella lo sospechase ni lo conociese. La joven Paula Delpuig, natural de Malgrat (Barcelona), quien, humilde y piadosa residía temporalmente en Barcelona, viendo por mandato de su director en cuál de las numerosas Comunidades religiosas allí existentes podría satisfacer sus ansias de servir a Dios con la mayor perfección. Encontróse con ella por la calle la novel Fundadora, y sin que ninguna de las dos se hubiese jamás visto ni conocido, díjole resueltamente la Madre, llamándola por su nombre, que era voluntad divina su ingreso en el recién fundado Instituto. Opuso la joven serias dificultades, entre ellas su falta de instrucción; mas, la Sierva de Dios, intimóle de nuevo el querer divino, al cual no debía ya resistir. Rindióse la elegida, y fué santa religiosa, sucesora, a su tiempo, de la venerable Madre que a su lado la llamara.

**El enemigo se enfurece, pero Dios prevalece.**—No podía el inferno ver con agrado al nuevo enemigo que se cruzaba en el camino de sus conquistas; y levantó frecuentes batallas, ya directamente contra las religiosas, ya para impedir el planteamiento y seguridad de sus obras. Pero la protección de Dios nunca faltó al naciente Instituto; y su gracia, fielmente cooperada por las Hermanas, dirigidas con palabras, y más con ejemplos, por su venerable Madre, realizó milagros de perfección y produjo frutos abundantísimos de virtudes y provecho social.

Mas nunca se vió tan patente la intervención del Cielo en la conservación del Instituto como en las duras pruebas que padeció en esta época.

Dios llamó a su seno, para premiar su heroico celo pastoral, al santo Obispo Corcuera, de quien se había servido para dar carácter al Instituto, y encauzar sus primeros pasos por las sendas de la más sublime caridad. Precisamente quedaba privada la Madre Joaquina de la dirección paternal del eximio Prelado vicense cuando brillaban otra vez los fulgores siniestros de la guerra civil, y juntamente los ataques a la religión y a sus ministros. Veinte días después de la defunción del Prelado, ardieron en Cataluña, como habían ardidado antes en Madrid, multitud de iglesias y conventos; fueron perseguidos y asesinados muchos sacerdotes y religiosos;

las iras del infierno no se contentaron con menos que con dispersar muchas Ordenes monacales e instituciones respetables en el doble sentido de la religión y de la cultura. ¿Qué suerte podía correr el frágil esquisse de un naciente Instituto, sin arraigo todavía, sin garantía ninguna de estabilidad y mucho menos de progreso? Pero allí estaba la Divina Providencia amparando a la vez la debilidad y la valentía de las fervorosas Carmelitas y de su valerosa Madre.

**La persecución.**—Estalló y cundió furiosa la guerra civil; ¡tristes tiempos para nuestra Patria! Las luchas entre hermanos, o por lo menos las más opuestas divergencias, sembraban la intranquilidad y el luto en las familias y en los pueblos. El hijo mayor de la Madre Joaquina, entusiasta como sus antepasados en la defensa de la Religión y de la Patria, no dudó en tomar las armas y señalarse en relevantes servicios. Dura pesadilla para el corazón de su tierna madre, que redobló sus oraciones y penitencias en demanda del auxilio divino. El Señor quiso que lo mereciera sufriendo ella y sus Hijas las consecuencias de la guerra, cuándo, y en la forma que menos podían sospechar.

Recogidas en la Casa Madre, ajenas a todo manejo político se hallaban en la noche del 7 de Febrero de 1837, cuando se presentaron varios soldados con orden de arrestar a la Madre Joaquina y llevarla a la cárcel pública. Así lo efectuaron, entre el llanto y estupor de las Hermanas, una de las cuales, la Maestra de Novicias, no quiso separarse de su Madre, y la siguió camino de la prisión. Ella fué testigo de los admirables actos de virtud, de paciencia y perdón de injurias, de resignación y abandono en la Providencia que realizó la Sierva de Dios en los cinco días que estuvo encarcelada, y en inminente peligro de ser pasada por las armas.

¿Qué había ocurrido? ¿Cuál era el crimen que se le imputaba? Únicamente por represalias de la guerra; los enemigos del partido en que militaba don José Joaquín encontraron en su indefensa madre una víctima adecuada a sus perversos intentos. No quiso Dios que se consumara tal felonía; pero al verse libre de la prisión creyeron prudente personas amigas alejarla de la Ciudad, y se trasladó a Berga, donde las Hermanas servían el hospital de sangre allí establecido. Dedicóse con su acostumbrada abnegación al benéfico cuidado de enfermos y heridos; pero Dios quiso consumir su sacrificio, obligándola a salir de la Patria.

**El destierro.**—Como recrudeciese la fuerza de las hostilidades, y se aproximaran a Berga ambos ejércitos enemigos, hubo que sustraerse a los peligros consecuentes, y tomar en precipitada fuga el camino del destierro. Varios días con sus noches, en plena canícula, por caminos extraviados en las montañas fronterizas, pu-

sieron a la triste comitiva de la Madre y unas doce o catorce Hermanas, en las poblaciones más cercanas de la nación vecina, hasta llegar a Perpignan, término de su peregrinación, precisamente el día 16 de Julio, festividad de Nuestra Santísima Madre del Carmen.

De momento, sufrieron en aquella ciudad igual repulsa y negativa de hospedaje que ya habían tenido más de una vez en el trayecto. ¡Qué sería ver a las fatigadas viajeras, desoladas, sin saber a dónde dirigirse, sentadas en los maderos de una obra en construcción, esperando que el Cielo viniera en su auxilio! Vino efectivamente; y así como en el viaje se vieron favorecidas con evidente protección divina y milagrosamente libres de iminentes peligros, así ahora, el Señor avivó en la mente de la dolorida Madre el recuerdo de una piadosa dama, amiga de su familia, a la que suponía también refugiada en aquella capital, aunque ignoraba su paradero. Sus indagaciones dieron feliz resultado, y desde el instante en que la señora Baronesa de Sabassona vió a la noble Fundadora su amiga, puesta en tal necesidad, se constituyó protectora de ella y de sus Hijas, y les hizo más llevadera la crítica condición de expatriadas.

En Perpignan pasaron varios años, llenos de privaciones y de ansiedad, pero también de dulces consuelos, pues la observancia regular continuó allí en todo su vigor, fruto del fervor de las Hermanas profesas, y de los santos anhelos de algunas novicias, que no se arredraron ante la pobreza ni el trabajo; y en el destierro se incorporaron al Instituto emitiendo fervorosas sus Votos de religión. ¿Qué les movió a tal empresa? Sin duda la gracia divina, siempre generosa para con los que se entregan a Dios; pero no menos los ejemplos de abnegación y caridad de la Fundadora, quien mereció por su virtud que muchas personas acudiesen a ella, no sólo para favorecerla con sus limosnas, sino principalmente para oír sus consejos y gozar de su amabilidad. Ocasión hubo en que la Madre se ofreció al Señor para sufrir en lugar de los que le pedían oraciones para alivio en sus enfermedades; y el resultado pasmoso de su intercesión probaba con evidencia que su oración y su ofrenda eran muy gratas al Señor.

**Maravillas de la caridad.**—Además del fervor de sus Hijas, y de la asistencia de los habitantes de Perpignan, servía de consuelo a la Madre Joaquina la noticia, que algunas veces le llegaba, del heroico proceder de las Hermanas que en España habían quedado en las cuatro fundaciones. Sabía que estaban sufriendo valerosamente las vejaciones y azares de la guerra, y que daban inestimables ejemplos de abnegación, sosteniendo el puesto que la obediencia les había confiado.

Comprobaba también con espiritual gozo en el Señor, que estos ejemplos de caridad les merecían el respeto de aquéllos mismos que debieran haberlas molestado; de manera que, aun a pesar de las privaciones y apuros para alimentarse, sostenían con general aprecio los Establecimientos de Beneficencia en que se hallaban.

Así puede decirse que el heroico comportamiento de esas Hermanas en Vich, Barcelona, Solsona y Cardona, en Casas de Caridad las dos primeras, y en Hospitales las otras, fueron como las columnas que sustentaron el recién construido edificio durante las conmociones de la guerra; o bien que sus corazones eran el hogar donde se conservó bajo cenizas, el sacro fuego de caridad, que luego, al soplo del favor divino y del celo de la Madre, abrasó a muchas almas en todos los ámbitos de la Península.

Ahora lo veremos, al acompañar a la venerable Madre en su regreso a la querida Patria.



Parte de la fachada de la iglesia y edificio de la Casa Madre  
y Noviciado de Vich.

## QUINTO PERIODO

### Consolidación del Instituto

#### Dichoso tránsito de su Fundadora (1844-1854)

**Las palomas vuelan al arca.**—Apenas calmaron algún tanto las revueltas políticas, la Madre Joaquina envió a España algunas Hermanas algo delicadas de salud, y se aprestó ella misma, con el resto de la Comunidad, a regresar hacia el hogar bendito, testigo de sus fervores, cerrado durante aquellos años. No cesaba de dar gracias a Dios por haber conservado incólume en medio de la deshecha tempestad y triste destierro, al Instituto, hijo de sus lágrimas, obra de su amor. Ella lo había concebido, por inspiración del cielo; su corazón fuerte y generoso confiaba en el Señor que, así como supo darle los primeros alientos, así favorecería para reorganizarlo y darle nuevo impulso.

No la arredraban la crítica, la persecución ni la pobreza, porque sabía que son signos inconfundibles del beneplácito divino; con el mismo escudada, caminaría ella y guiaría a sus Hijas por las sendas de la perfección.

Su primer cuidado, después de visitar a las Comunidades existentes, fué la reapertura de la Casa Madre y del Noviciado; para el cual, aun durante su destierro, su Vicaria la Superiora de la Casa de Caridad de Barcelona, le había anunciado numerosas vocaciones. No obstante una minuciosa selección que creyó prudente hacer la Madre Joaquina, pronto quedó poblado aquel semillero de futuras religiosas. La Madre, que las dirigía al principio, y luego por medio de una de sus primeras Hijas y compañeras en la fundación y en el destierro, logró que hiciesen tales progresos en el espíritu propio del Instituto, que éste pudo desarrollarse con la prontitud y seguridad que no era dable esperar después de las pasadas pruebas.

**Por la Cruz a la vida.**—Así lo hemos visto; y lo mismo comprobaremos en lo sucesivo. El consuelo que la vuelta a la normalidad y el fervor de sus Novicias proporcionaba a la Madre, iba entremezclado con otras pruebas con que suele el Señor purificar a sus escogidos, permitiendo que su misma virtud, su personal actuación, y los efectos prodigiosos de su celo, no sean debida ni

igualmente apreciados por toda suerte de personas. Y precisamente a la bendita Madre le tocó beber lo más amargo de este cáliz, cuando a poco de su regreso experimentó la frialdad con que era acogida por quienes parece debieran mejor conocerla y contribuir al sostén y aumento de su obra.

Pero como las cruces procuran íntima dulcedumbre a las almas santas, y no alteran la segura paz de quien confía en Dios y sabe que cumple su Voluntad, continuaba la esforzada Madre dedicándose con todo empeño a la consolidación del Instituto; para lo cual se consideraba como mero instrumento del poder y bondad de Dios. Con su enérgica decisión, siempre escudada con el amor divino y el espíritu de oración y de sacrificio, logró que el Instituto al extenderse, no se debilitara en su vigor, y que sus retoños, al ser desprendidos del tronco principal, y trasplantados a otros parajes, nada perdieran de su lozanía.

Así pudo la Madre dejar sólidamente establecidas, a su muerte, veintisiete Comunidades en las que florecía exuberante el espíritu de los Fundadores, o por mejor decir, de Dios Nuestro Señor. La cruz del destierro y de la persecución fué para el Instituto verdadero árbol de vida.

**Actividad incansable.**—La instalación de estas Comunidades solía verificarla personalmente la venerable Madre, acompañando a las Hermanas durante muchos días en su nueva residencia, distribuyendo los oficios, y ordenando la marcha de los mismos, tanto en lo concerniente a la enseñanza como a la beneficencia. Las alentaba con su fervor a vencer las primeras dificultades, y a iniciar su apostolado con verdadera fe y encendido amor.

Inmediatamente que llegaban al punto de destino, la Beata Madre y sus Hijas se entregaban a la más intensa labor, sobre todo en favor de la infancia. Las poblaciones, entusiastas al presenciar su actuación y los inmediatos resultados de su caridad, las apreciaban verdaderamente; y ocasión hubo en que algunos vecinos depusieron enseguida su menos benévola actitud, y desvanecieron sus prejuicios, al ver la abnegación de las Hermanas en su vida retirada y laboriosa.

En los intermedios de los viajes que había de verificar para esas instalaciones y para visitar las ya establecidas con la frecuencia posible, se ocupaba la Madre Fundadora en el Noviciado, y en animar a las Hermanas con su correspondencia epistolar. Sus cartas, que en buen número se han conservado, revelan la cálida corriente de fe y de amor con que sostenía y elevaba el ánimo de sus Hijas. Aunque sencillas en su estilo, bien se transparenta en ellas su materno corazón. Sus preceptos suaves, sus consejos persuasivos, tendían a hacer de sus Hijas verdaderas religiosas, almas de superiores impulsos para la gloria de Dios.

Y no sólo se dedicaba al bien espiritual de todas; sino que atendía a las necesidades y detalles de su salud y ocupaciones; y esto, con tal efusión de materno amor, que lo mismo que en el trato personal, cada una de las Hermanas se sentía como particularmente amparada y sostenida suave y eficazmente en la vida religiosa.

Y respecto de sus viajes, ¡cuánto supone de abnegación y energía el considerable número de los que efectuó para preparar, realizar y sostener el Instituto, en una época en que era más penoso el recorrido de los setenta kilómetros que separan Barcelona de Vich, que hoy día atravesar en cómodos vehículos una distancia veinte veces mayor!

Pero el amor todo lo vence; y para los santos no existe la palabra «descanso» hasta la eternidad feliz.

**Hacia el ocaso de la vida.**—En uno de los viajes que la Madre efectuaba para visitar a las Hermanas, llegóse también a ver a sus dos hijas religiosas en el Monasterio de Vallbona, provincia de Tarragona. Esta fué la postrer despedida de aquellas amantes hijas, a quienes había formado desde niñas para la virtud; y supieron tan bien corresponder a los desvelos de su Madre, practicándola durante su larga vida, dejando notables ejemplos de santidad en aquel Monasterio; lo propio que las otras hijas, doña Ana, y doña Teresa, en el de Pedralbes (Barcelona).

Estando pues, en Vallbona la santa Fundadora, le acometió un ataque de parálisis, que la retuvo mucho tiempo en cama, privada de ocuparse en el régimen del Instituto. No obstante, su robusta naturaleza reaccionó prontamente y su ardorosa voluntad para el bien de sus queridas Hijas hizo que pudiera reanudar sus tareas con tanto celo como eficacia.

Esta enfermedad fué como el preludio de las pruebas que el Señor reservaba a su Sierva, para acabar de purificarla y hermosarla en su presencia. A la manera que el artista trabaja en una obra de su predilección, retirándola de la vista del público para darle a solas los últimos toques, y ganarse luego con ella la admiración de los profanos y las alabanzas de los técnicos, el Señor ocultó su escogida Sierva a la vista de quienes no acertaban a apreciar debidamente su virtud; y en el secreto de sus divinas intimidades levantó aquella alma a muy subida perfección.

**Luces veladas.**—Aunque por su enfermedad, cuyos efectos se acentuaron mucho hacia 1851, parecía no tener la lucidez de los años anteriores, su inteligencia permanecía muy despierta para todo lo que significaba vida espiritual y buena marcha del Instituto. Así que, de esta época en que las energías de la Madre estaban al

parecer apagadas y su intervención parecía ineficaz para el gobierno del Instituto, se conservan infalibles recuerdos que atestiguan lo contrario.

Es interesante comprobar cómo se sirve Dios de los hombres, aun de los santos, para aumentar los merecimientos de otros santos; y cómo conduce sus obras a los altos fines de su gloria, a pesar de que se intente llevarlas por otros caminos.

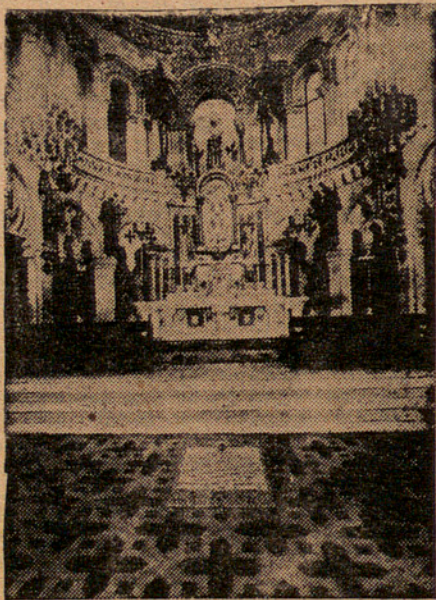
**Crepúsculo luminoso.**—Los dos últimos años de su vida los pasó la Madre Joaquina en su sillón de valetudinaria, reducida exteriormente a la condición de niña, necesitada de todo y de todos, como ella misma había pedido al Señor, mas no despreciada de todos, cual era su deseo. Le fué concedido beber el amargo cáliz de la humillación, pero sus amantes Hijas no dejaron de endulzarlo con su cariño y solicitud, y sobre todo dando a su Madre el consuelo de una estricta observancia y de su intenso trabajo en pro de la caridad.

Era Superiora de la Casa de Caridad de Barcelona donde residía la Fundadora, la Madre Veneranda Font, la primera y la más adicta de sus Hijas y compañera en la fundación del Instituto. Esta respetable religiosa, lugarteniente de la Fundadora, supliala en los asuntos de gobierno del Instituto; y fué testigo de los heroicos actos de virtud que, a través de las debilidades físicas supo observar y conservar con esmero, para transmitirlos a las Hermanas. Estas reconocían los méritos de la Madre Veneranda, y la juzgaban digna de suceder a la Fundadora en la dirección del Instituto. Pero la Madre Joaquina, iluminada por Dios, conocía los designios de su Providencia, y tuvo superior luz para prever varios sucesos referentes al bien del Instituto. Además ella tenía cuenta con la elección de las aspirantes al mismo, y contra el parecer de otras personas preveía, aun antes de tratarlas, cuáles eran llamadas por Dios, y cuáles no perseverarían.

También se echaba de ver en su actitud que estaba continuamente en comunicación con Dios; y a pesar de su debilidad física, se acentuó mucho el fervor con que practicaba los actos espirituales, y se lamentaba de que no se le diese la Sagrada Comunión con la frecuencia que ella deseaba.

Aun de noche, no pudiendo conciliar el sueño, desahogaba sus afectos con encendidas aspiraciones, y con el rezo del santo Trisagio, su devoción preferida, en honra de la Santísima Trinidad, devoción peculiar de las almas grandes. Luces veladas eran, pues, las que de su corazón pasaban al Instituto, pero veladas solamente por tenues nubecillas como las que amortiguan el esplendor del sol en un bello atardecer, y aparecen doradas por esos mismos fulgores.

**Dichoso tránsito.**—Si el Señor no atendió del todo la petición de su Sierva en cuanto a dejarla morir olvidada de todos, sin embargo, llamóla a Sí en circunstancias tales que imposibilitaron a sus Hijas el atenderla como solían, y cual su cariño reclamaba.



Altar mayor de la iglesia de la Casa Madre. Al pie de las gradas del presbiterio la lápida que cubrió los restos de la Beata Madre hasta su elevación a los altares.

Eran los días de Agosto de 1854 en que el cólera morbo causaba estragos en diversas poblaciones de España. Barcelona fué una de las más castigadas, y en la Casa de Caridad se cebó intensamente el terrible azote. Habían ya fallecido muchos asilados y varias religiosas; otras quedaban atacadas, cuando en la madru-

gada del día 28 de Agosto sobrevino a la Madre Joaquina un nuevo ataque de parálisis, el que pocas horas después se agravó complicándose con síntomas de la enfermedad reinante.

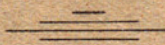
Acudieron en su auxilio las Hermanas, y la misma Madre Veneranda, aunque enferma también, corrió presurosa al lado de la moribunda. Por especialísimo favor divino concedido a la que tan amante era de Jesús Sacramentado y de su divino Corazón, a pesar de los efectos de la dolencia pudo recibir el santísimo Viático; y poco después de recibida la postrera santa Unción entregó su alma a Dios, dejando desconsoladas a sus amantes Hijas. Contra lo acostumbrado en aquellas circunstancias, el cadáver de la bendita Madre no fué inmediatamente sepultado, sino que estuvo por espacio de casi tres días, siendo motivo de admiración y de consuelo para las Hermanas el verlo hermoso, completamente libre de la expresión de sufrimientos y de palidez que, principalmente en las víctimas de la epidemia cólerica, se recrudece con otros lamentables aspectos. Así lo atestiguaron los que asistieron al sepelio, que se efectuó con las formalidades convenientes para que constara el lugar donde reposaron los sagrados restos, hasta que en 1884 fueron trasladados a la Casa Madre y Noviciado de Vich.

El primer lugar de su descanso, para servir como de recuerdo y protección a las Novicias, fué un nicho practicado en la pared del local próximo al comulgatorio. El arca cerrada y sellada donde se guardaban, se transfirió años adelante, o sea en 1896 a la Cripta de la Capilla de San Rafael, destinada a sepultura de las religiosas; y una vez terminado el Proceso Apostólico de la Causa de Beatificación de la Sierva de Dios, y reconocidos nuevamente los restos, quedaron depositados en una tumba cubierta con hermosa lápida en el pavimento de la Iglesia de la misma Casa Madre. Esta sepultura, que fué objeto de especial providencia divina que la preservó de los desmanes de los revolucionarios durante los años 1936 y dos siguientes en que la iglesia estuvo convertida en almacén de mercancías, ha quedado ya vacía, porque los venerandos restos están ya exaltados a la veneración pública en el altar mayor de la citada iglesia.

Treinta años, desde 1909, ha durado la tramitación de la Causa de Beatificación y Canonización de la Sierva de Dios, durante la cual han sido numerosas y espléndidas las manifestaciones de la bondad divina sobre el Instituto para cuya fundación escogió Dios a la Madre Joaquina. Hemos de confiar que así como por su mediación se han obtenido abundantes gracias y los dos milagros estupendos, que promovieron su Beatificación, así ahora mediante la fidelidad y confianza en invocar la intercesión de la Beata Madre no se mostrará menos pródiga la divina misericordia en conceder nuevos favores que apresuren la solemnidad de su Canonización, para gloria

de Dios, honor de la Iglesia Española y del Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad.

Las personas que reciban algún favor especial de la Beata Madre, tengan la bondad de comunicarlo a la Superiora General del Instituto, residente en el Colegio de la Plaza San Francisco el Grande, 2, Madrid, o a cualquiera de las otras Residencias de Carmelitas, singularmente a la Casa Madre de Vich (Barcelona), donde se expenden reliquias, estampas y otros recuerdos de la Beata Madre Joaquina, mediante alguna limosna en su honor para la Canonización.





FU-41-46

